

TORRE

Roja

Eleodoro

Paula Bombara

Ilustraciones
Pablo Pino





Eleodoro

Paula Bombara

Ilustraciones

Pablo Pino



Norma

www.edicionesnorma.com/argentina

Bombara, Paula

Eleodoro / Paula Bombara ; coordinación general de María Luisa García ; dirigido por Laura Leibiker ; ilustrado por Pablo Pino. - 3a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2019.

72 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre de Papel Roja)

ISBN 978-987-545-755-3

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. García, María Luisa, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Pino, Pablo, ilus. IV. Título.

CDD 863.9282

© Paula Bombara, 2006

© Editorial Norma, 2014

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación “N”/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Impreso en la Argentina — *Printed in Argentina*

Primera edición: enero de 2006

Segunda edición: enero de 2015

Tercera edición: marzo de 2019

Dirección editorial: Laura Leibiker

Coordinación: María Luisa García

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Gerente de producción: Gregorio Branca

CC: 61087830

ISBN: 978-987-545-755-3

A Emi.
(Y también a sus osos
Lucio y Chiquito.)

1

Tras la caída

—¿En dónde estoy? —murmuró Eleodoro, masajeándose la cabeza.

Una fuerza invisible lo había arrancado de su casa mientras dormía. Y ahora, ya despierto y con un chichón, miraba para todas partes buscando una respuesta.

Pero no veía a nadie que pudiera contestarle: hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este y al Oeste, hacia arriba y hacia abajo, solo había letras tiradas por aquí y por allá, letras que no formaban palabras. Letras en el lugar del cielo y más letras en el lugar de la tierra. Chiquitas y grandes. Infinitas letras.

De pronto escuchó: “SLACH, SLACH, SLACH”. Pájaros volando. Cada vez más cerca.

Sin embargo, no había pájaros a la vista, ¿quién era el dueño de esos ruidos?

Eleodoro abrió sus orejas tanto como sus ojos cuando las letras se le acercaron: ¿las letras caminan?, ¿se mueven?, ¿sueñan como pájaros volando? Sorprendido, las vio trepar unas sobre otras hasta formar una escultura alta como un árbol alto que mostraba un mensaje: “Estás en el Desierto de las Letras”.

Eleodoro, lleno de sorpresa, preguntó:

—¿Y qué hago yo acá?

“Alguien te habrá perdido”, escribieron otras letras que estaban más atrás, haciendo equilibrio.

—Nnnoo... no puede ser... Nahuel no me perdería jamás.

“Si estás acá, Nahuel te perdió”, se ordenaron unas letras que estaban a sus pies. Y otras, a su derecha, formándose, opinaron: “Nadie lo entiende al principio”.

—Pero... ¿cómo puede ser? ¿No estaré soñando?

Muchas eses y muchas oes hicieron un NO de piedra.



Eleodoro se echó a llorar. ¡¿Qué estaba pasando?!

Y así se encontraba Eleodoro, llorando con lágrimas peluditas, cuando sintió que algo, o alguien, lo tomaba por la espalda, lo levantaba muy alto y lo lanzaba en otra dirección.

Primero no quiso mirar. Se animó a abrir los ojos cuando notó que estaba cayendo. Parecía caer desde un cielo de madera oscura.

Desde arriba, logró ver el Desierto de las Letras, donde las más grandes estaban formando otro mensaje para él. Trató de leerlo, pero caía tan rápido que fue imposible.

—AAHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH —gritó Eleodoro.

El suelo se acercaba y parecía muy duro. Pero no: rebotó como en un colchón.

¿Y ahora? ¿En dónde estaba?

Tampoco aquí se veía a nadie. No había letras. Había papeles plateados, palitos de plástico, colinas de goma y olor a caramelos.

Eleodoro se incorporó y trató de avanzar, pero estaba tan lleno de pegotes que no pudo dar ni un paso.

Empezó a protestar. ¡No entendía! ¿Qué era todo esto? ¿Un juego? ¿Un castigo?

Primero rezongó bajito, con vergüenza, y luego cada vez más fuerte. Barritó como si fuera un elefante de verdad, dejó que

sus orejas se pusieran coloradas y sacudió la trompa, golpeándose las patas delanteras, para quitarse de encima los pegotes. Hasta que una vocecita le contestó:

—Mire, señor Elefante, usted estará triste, cansado, fastidiado, lo que quiera. Pero no nos falte el respeto, que en el Valle de las Golosinas todos somos iguales.

Eleodoro se calló. Fue un oír una voz.

—¿Quién me habló?

Un chicle anaranjado, cubierto por un pedazo de papel viejo y sucio, se dejó ver tras una loma turquesa.

—Yo —respondió, inflando un globito sobre su cabeza para parecer más alto.



2

Las reglas del Continente De lo que se pierde

El chicle y Eleodoro se presentaron. “Elefante Eleodoro, mucho gusto”, dijo él. “Chicle, goma de mascar, masticable, llámeme como más le guste, encantado”, dijo la golosina.

—Discúlpeme, Chicle, por mis palabrotas y mi enojo, pero... ¿quiere que sea sincero? No entiendo nada de lo que está pasando —dijo Eleodoro desprendiéndose los últimos restos de pegote que le quedaban.

—Es sencillo: a usted lo perdieron y no lo buscaron en tres días o más. Por eso vino a parar aquí.

—No puede ser. Usted no comprende porque no conoce a Nahuel. Estoy seguro de que él no me perdió.

—Mmmhhh... No sería la primera vez que se comete un error. Lamentablemente, tenemos un Administrador terrible. Terrible por lo malo y terrible por lo incompetente. El Administrador suele confundirse de país o, incluso, abandonar los objetos en el Río. Y, aunque no conozco a nadie que haya llegado sin que lo olvidaran, podría suceder, tranquilamente...

El chicle hizo una pausa para pensar. Eleodoro vio cómo los globitos se inflaban y desinflaban en su cabeza; hasta que uno se infló más que el resto y permaneció así.

El chicle habló:

—Si quiere puedo acompañarlo al Puerto del Continente. Puede presentarle una queja al Administrador de los objetos perdidos...

—Es una buena idea. Quiero quejarme desde que llegué. ¿Cuánto tiempo nos llevará hacer ese viaje?

—En este lugar hasta el tiempo está perdido, don Eleodoro. No tomamos el tiempo en cuenta porque nadie tiene la menor idea de dónde está. Lo mejor es ponerse en marcha sin pensar en eso. Además... ¿realmente le importa cuánto va a tardar?

“Qué inteligente es este chicle”, pensó Eleodoro mientras se ponía a caminar por un sendero con olor a menta.

Durante la caminata, Eleodoro fue conociendo mejor la organización del Continente Deloquesepierde. Él había caído en el Desierto de las Letras, pero tendría que haber llegado a la Ciudad de los Juguetes.

En el Desierto de las Letras vivían todas aquellas letras que la gente olvidaba decir, leer o escribir. Muchas eses, muchas vocales con tilde. Algunas formaban parte de palabras olvidadas, pero todas las palabras se desarmaban cuando iban a parar allí.

—Es un Desierto muy divertido si le gustan los crucigramas, las sopas de letras y otros juegos de ese estilo. Las letras son las más juguetonas del Continente.

—¿Más que los juguetes?

—Los juguetes se ponen tristes cuando llegan acá. Extrañan demasiado a los niños como para querer jugar entre ellos —le contó Chicle.

—¿Y ustedes? ¿Son aburridos?

—Nosotros somos golosinas, Eleodoro. Las gomas de mascar, más que globitos no sabemos hacer. Y eso es mucho más de lo que hacen los caramelos y los chocolates. ¡Gracias que algunos hablamos! Muchos venimos después de pasarnos días en el fondo de las mochilas, los bolsos o los monederos. Algunos se caen en zanjas o en el agua del Río y llegan flotando. No son historias divertidas...

3

El botón vanidoso

Chicle y Eleodoro llegaron al final del Valle de las Golosinas. Una cinta de raso marrón marcaba el límite.

—Cuidado al cruzar la frontera. Puede ser que haya alguna trampa.

—¿Por qué? ¿Es ilegal cruzar la frontera por aquí?

—No, no, ¡qué ocurrencia! Las únicas leyes que existen aquí son las de la Perdición. Por lo demás, estamos todos en la misma: ¡perdidos como bicho bolita en bolsa de confites! —contestó el chicle, riéndose—. Lo que pasa es que estamos por entrar en las Colinas de la Costura. Y a las

agujas y los hilos les gusta sujetar a los demás. Hay que andar con atención. Usted quédese callado. Acá, miden hasta las palabras que vuelan en el aire.

Ni bien pisaron las Colinas de la Costura, un botón que estaba echado cuerpo a tierra se incorporó.

—Buenas... ¿Puedo saber qué hacen en las Colinas?

—Buenas, soy una golosina del Valle vecino. Mi compañero y yo vamos rumbo al Puerto.

—No se puede. El paso está cortado. Estamos descosiendo todo y reformando nuestras Colinas.

—¡Pero si estas Colinas son las más bonitas de todo el Continente!

—¿A usted le parece? La mayoría de los habitantes opina que estamos fuera de moda... —dijo el botón, dispuesto a conversar un rato, sentándose sobre un carretel de madera abandonado.

—¡Pero, por favor, es que ustedes son muy exigentes! —exclamó Chicle.



Sabiendo que los botones eran algo tontos y sumamente vanidosos, el chicle dedicó unas cuantas alabanzas a las Colinas de la Costura.

Eleodoro permanecía en silencio. Por primera vez desde su llegada al Continente Deloquesepierde se sentía tranquilo: Chicle lo iba a ayudar a volver a casa.

—Bueno, mire, pasen... Pero si se cruzan con algún otro botón, no digan que yo los dejé pasar —dijo finalmente el botón vanidoso, sintiéndose muy halagado.

—Gracias, señor. Y no se preocupe que si me preguntan voy a decir que no conozco otro botón mejor vigilante que usted.

Eleodoro y Chicle siguieron camino por una senda hecha de lana gruesa.

—¿Cuál es el problema con los botones?
¡Parecen policías! —preguntó Eleodoro.

—Les tienen miedo a sus jefas. Solo eso. ¿Sabe?, las que mandan son las agujas. Y si descubren algún botón que no está haciendo nada, lo cosen al suelo y allí lo dejan.

—¡Qué injusticia!

—Son terribles. Pinchan a cualquiera. Aparte son malas vecinas: siempre buscan pelea con nosotros, los chicles. Nos pinchan los globitos con la excusa de que vamos a pegotear todos sus hilos...

—Mire qué cosa; y yo que pensaba que eran buenas porque una vez la mamá de Nahuel me cosió la oreja y no me dolió nada.

—¡Nooo! Las agujas son tan malas como tontos y vanidosos los botones.

Siguieron caminando hasta que se encontraron con un grupo de botoncitos de guardapolvo de Jardín, guiados por una aguja de crochet.

—Buenas... —dijo la aguja.

—Buenas... —respondió el chicle haciendo señas a Eleodoro para que saludara.

—¡Buen día, su Señoría, mantantirulirulá! —saludó Eleodoro haciendo una reverencia exagerada.

La aguja se detuvo, los botoncitos se detuvieron, ¡hasta el sonido de las Colinas se detuvo!

—¿Quién es este señor que sabe cuándo es de día, cuándo es de tarde y cuándo es de noche? —preguntó la aguja de crochet.

Chicle se apresuró a responder.

—Es un recién llegado... Eehh... ¡Está en proceso de perdición! Aún no se acostumbró a nuestro Continente... Pobre, no se imagina lo mareado que está...

—Aaaahhh —todos suspiraron y volvieron a moverse.

—Bueno —se despidió la aguja—, que tenga una pronta perdición, señor Elefante.



Eleodoro y Chicle hicieron un saludo con las manos y apuraron el paso.

—Ay, mi amigo, me parece que usted es más tonto que los botones. ¿No le dije que acá el tiempo está perdido? Si usted nos desorienta más todavía, puede causar una catástrofe.

—Perdón —dijo Eleodoro, sin poder creer que se podía estar aún más perdido de lo que estaba.

Índice



1. Tras la caída.....	5	6. La tragedia de la plancha caliente ...	33
2. Las reglas del Continente		7. Se presenta el reclamo.....	37
Deloquese pierde.....	11	8. Los tres errores del Administrador..	41
3. El botón vanidoso	15	9. El Río del Olvido.....	47
4. El sueño de Nahuel.....	21	10. El acontecimiento.....	53
5. La “prima” de Eleodoro.....	25	11. Un final feliz... y desinflado	63



Paula Bombara

Nació en Bahía Blanca, en 1972. Además de escribir y publicar obras de literatura infantil y juvenil, estudió Bioquímica en la Universidad de Buenos Aires. En Norma ha publicado *Dos pequeñas gatas japonesas* (colección Torre de Papel azul), *La cuarta pata* (colección Torre de papel amarilla), *El mar y la serpiente*, *La chica pájaro* y *Solo tres segundos* (colección Zona Libre).



Pablo Pino

Nació en Buenos Aires en 1981. Es autodidacta; dibuja profesionalmente desde hace 10 años. Se especializa en ilustraciones para obras de literatura infantil y juvenil. Publicó sus trabajos en textos escolares, en revistas y en más de 40 libros -cuentos y novelas- en varios países de América y Europa.

Roja

TORRE

A partir de los 7 años

AVENTURAS

Eleodoro

Paula Bombara

Ilustraciones de Pablo Pino



*Una historia conmovedora
sobre la amistad y la importancia
de la memoria.*

Eleodoro, el juguete preferido de Nahuel, ha caído en el Continente Deloquese pierde. Desorientado, allí se encuentra con don Chicle, quien lo ayuda a recorrer esas extrañas tierras y a superar el mayor de los desafíos: atravesar el Río del Olvido. Eleodoro comprueba que su amistad con Nahuel no tiene fronteras y que los recuerdos son, muchas veces, más poderosos que la distancia y la tristeza.

 Norma

www.edicionesnorma.com/argentina



61087830